

un jóven criollo, pero de muy mala reputacion, llamado Don Baltasar de Salmeron; pero fuese por su mala conducta ó porque era excesivamente jóven en la edad, aunque ya hombre en sus vicios y en sus pretensiones, Doña Isabel jamás le hizo aprecio y se unió á Don Nuño.

Don Baltasar juró vengarse, y lo cumplió fielmente.

El año de 1573, Doña Isabel dió á luz una niña que colmó de felicidad á la familia, y á esa niña le pusieron por nombre Juana, y esa niña, hija mia, era yo.

Tanto mi madre Doña Isabel como sus dos hermanas, tenían en la espalda la mancha roja en figura de llama, que yo y tú tenemos; pero ya ninguno de la familia creia en la prediccion de la bruja que habia interpretado aquella mancha como la marca del fuego y como señal de que moriria en la hoguera el que la tuviera; aquella mancha era ya para nosotros como el distintivo de la familia.

Don Baltasar no dejaba de rondar la casa, persiguiendo á mi madre con su tenaz amor, por mas que se viera despreciado, y ya mi padre le habia reconvenido, sin conseguir otra cosa que repetidas protestas de enmienda.

Tendria yo un año de edad, cuando un dia, la nodriza que me cuidaba entró pálida y llorosa á la estancia en que hablaban con mi abuelo Don Felipe de Carbajal, mi padre, y mi madre.

—¿Qué ha sucedido con mi hija?—dijo Doña Isabel espantada al mirarla llegar.

—Señora, unos hombres me la han arrebatado.

Mi madre dió un grito, y se levantó como una loca, seguida de su padre y de su marido.

Todo el mundo se puso en movimiento; los criados y los esclavos de la casa, los amigos y los parientes, todos recorrian la ciudad, pero en vano.

LAS TRES HERMANAS.

(Continúan las Memorias de Doña Juana.)

TREINTA años habian trascurrido; Doña Violante de Albornoz habia muerto, y Don Felipe de Carbajal vivia tranquilamente en México con tres hijas que habia tenido en su matrimonio, y que se llamaban Doña Isabel la primera, á quien se puso este nombre en memoria de la desgraciada madre de Don Felipe; Doña Violante, llamada así por la esposa de éste, y Doña Leonor la tercera.

Las tres jóvenes eran un prodigio de hermosura, y todos los galanes de la ciudad habian pretendido ser admitidos en la familia, pero solo Doña Isabel se habia casado con un primo suyo recién llegado de España, y que se llamaba Don Nuño de Carbajal.

Don Nuño era todo un cumplido caballero, y además, su boda habia sido á satisfaccion de Don Felipe, porque no teniendo hijos varones, veia así perpetuarse el apellido de su familia.

Antes de casarse Doña Isabel, habia pretendido su mano

Tres dias pasaron en inútiles pesquisas, y mi madre se moria de dolor.

Al cuarto dia un hombre le entregó en la calle una es-
quela que decia:

«Reservada.—A Doña Isabel de Carbajal.»

«Si os agradara tener *noticias ciertas* de vuestra hija, os las podria dar, con tal de que esta tarde á las cuatro vinié-
seis *sola, enteramente sola*, á una casa que está á la izquier-
da de la capilla de los Mártires.

Os advierto que si álguien sabe esto, ó venís acompaña-
da, *jamás volvereis* á oir hablar de vuestra hija.—Os besa
los piés,

«UN ANTIGUO CONOCIDO.»

Doña Isabel rompió aquella carta y se puso á reflexionar.

Indudablemente se trataba de atraerla á un lazo; la per-
sona que le escribia manifestaba tener depravada intencion:
¿pero qué hacer? ¿podia temer algo? Tratándose de su hija,
una madre se cree con valor para arrostrar cualquier peli-
gro por un hijo.

Doña Isabel determinó acudir á la cita; guardó secreto,
y á las cuatro de la tarde, con pretexto de ir á la iglesia,
salió á la calle.

A pesar de su resolucion, temblaba al acercarse á la ca-
sa, pero no vaciló; iba á llamar, cuando se abrió la puerta,
y un hombre enmascarado la hizo entrar.

El enmascarado cerró perfectamente y echó á andar, di-
ciendo á Doña Isabel:

—Seguidme, señora, y no temáis.

Llegaron así hasta una gran cámara en la que habia varios
sitiales antiguos y maltratados; el hombre hizo sentar á Do-
ña Isabel y se sentó tambien.

—Bien sabia yo, señora, que vendríais esta tarde—dijo.

—Pero decidme, ¿en dónde está mi hija?

—Calma, calma—contestó el enmascarado—os lo diré, y
lo que es mas, os la volveré.

—¿Con que vos la teneis? ¡Ah, cuánto os lo voy á agra-
decer!

—Sí, hablaremos ante todo; supuesto que yo no corro
peligro alguno, me descubriré, que el antifaz me incomoda.

El hombre se quitó el antifaz, y Doña Isabel se levantó
espantada; habia reconocido á Don Baltasar de Salmeron.

—Supuesto que me conocéis ya, no necesito deciros el
precio que exijo por el rescate de vuestra hija—dijo Don
Baltasar con espantosa calma.

—Dejadme salir—dijo Doña Isabel.

—Entended, señora, que esto no ha sido un juego; no sal-
dreis de aquí, sino muerta, ó con vuestra hija; ¿comprendeis?

Doña Isabel volvió los ojos por todas partes, y estaba
sola, enteramente sola: entonces se arrepintió de haber acu-
dido á la cita.

Don Nuño y Don Felipe de Carbajal estaban verdadera-
mente desesperados: Doña Isabel habia desaparecido de su
casa, y en quince dias no se habia tenido de ella ni la me-
nor noticia.

En la ciudad se hacian mil comentarios, y lo mas valido
era que la madre en su desesperacion, se habria tal vez sui-
cidado arrojándose á algun canal.

La familia toda estaba de duelo, Doña Violante y Doña
Leonor no salian de sus cámaras, y no se atrevian ni á
preguntar por su hermana, esperando á cada momento te-
ner una noticia funesta.

Llamaron una noche á la puerta de la casa, y el portero asombrado miró entrar á Doña Isabel, pálida y estenuada, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre en algunos lugares.

Doña Isabel subió precipitadamente las escaleras y se arrojó en los brazos de su padre.

Don Nuño llegó entonces, y la pobre dama le dijo con un aire de profunda desesperacion:

—Nuño, nuestra hija estará aquí mañana, pero somos muy desgraciados.

—Explicate, explicate, Isabel, que me espantan tus palabras.

—Sí, me explicaré, me explicaré—contestó Doña Isabel—aunque me cause la muerte: oid, padre mio, oid vos tambien, y vengadme.

Y Doña Isabel contó entre sollozos cuanto le habia ocurrido, sin ocultar ni una palabra; habia querido matarse golpeándose contra las paredes, pero la habian contenido; habia querido matarse de hambre, y habian abusado de su languidez cuando no podia resistir, cuando estaba casi desmayada, y entonces la habian arrojado á la calle prometándole como un consuelo enviarle á su hija.

Don Nuño y Don Felipe se dieron una mirada significativa, despues de haber escuchado con estupor aquella relacion.

—Cálmate, Isabel, cálmate, hija mia—dijo Don Felipe;—eres la víctima de un crimen, tu conciencia debe estar tranquila.

—¡Padre mio!—contestó Doña Isabel abrazándolo y llorando sin consuelo.

—Isabel—dijo Don Nuño—no tengo yo de qué perdonarte, una desgracia: inmensa ha caido sobre nosotros; yo te

vengaré, y ante todo es preciso guardar el mas profundo silencio; el secreto es ahora mi honra, Isabel: procura disimular, que nadie comprenda nada; veremos cómo se explica tu desaparicion y tu vuelta.

—¡Oh, Nuño! ¡qué generoso eres, y yo qué desgraciada! ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me abandonaste?—decia la pobre mujer retorciendo sus brazos con desesperacion.

—Isabel—dijo Don Felipe—recuerda que tienes una hija y que mañana debe estar aquí.

—Ese hombre es capaz de engañarme, porque es capaz de todo; vos no le conoceis, padre mio.....

En este instante sonaron en el zaguán tres golpes, y Doña Isabel espantada se refugió en los brazos de su marido.

Se oyó despues abrir la puerta y luego pasos de muchas personas que entraban.

Don Felipe se adelantó para ver quiénes eran, y descubrió una multitud de familiares del Santo Oficio, á la cabeza de los cuales venia un comisario.

Estaba entonces recién establecido en México el tribunal de la Inquisicion, y aun no habia celebrado su primer auto de fe.

Esto pasaba en 1573, y era el primer inquisidor Don Pedro Moya de Contreras, que despues fué nombrado arzobispo de México y virey de la Nueva-Espana.

A pesar de todo, la Inquisicion era ya el espanto de todas las naciones en donde se tenia noticia de sus crueldades y de su modo de proceder.

Don Felipe se estremeció, comprendiendo que una nueva desgracia le amenazaba.

El comisario del Santo Oficio llegó hasta la estancia en que estaba Doña Isabel, y dijo con voz solemne:

—Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor de Carbajal, ¿dónde están?

—Aquí estamos—contestaron las dos hermanas, que habían llegado atraídas por el rumor.

—Falta una—dijo el comisario.

—Aquí está—contestó Doña Isabel presentándose ante sus hermanas asombradas, que ignoraban que estuviese allí.

—De orden del Santo Oficio, déense á prision las tres—dijo el comisario.

El terror privó del uso de la palabra á todos.

Los familiares se apoderaron de las tres hermanas, y el comisario tomó posesion de la casa y de todos los bienes en nombre del Santo Oficio y como una garantía para los gastos del proceso.

Don Felipe y Don Nuño fueron lanzados á la calle; igual suerte tocó á los criados, y los esclavos quedaron por cuenta de la Inquisicion.

Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor, partieron llorosas y tristes en medio de los familiares, y casi no podian creer, sino que soñaban.

—¿Qué hacemos, hijo mio?—dijo Don Felipe.

—Señor—contestó Don Nuño—esperadme aquí, que voy á seguir sus huellas hasta que me sea imposible acompañarlas mas; voy á ver si averiguo el motivo de esta prision; en fin, no sé verdaderamente lo que voy á intentar, pero las sigo.

Don Nuño partió tras la gente que llevaba á su esposa, y Don Felipe, apoyado contra el muro de su casa, cuyas puertas habia sellado la Inquisicion, quedó como anonada ante desgracias tan grandes.

Las horas trascurrian, y Don Nuño no volvia; el cielo comenzaba á teñirse con la luz de la aurora: los vientos

frios de la mañana hicieron volver en sí á Don Felipe.

A Don Nuño debia haberle sucedido algo, porque de lo contrario hubiera vuelto; quizá lo habrian aprehendido tambien; era preciso buscarle en la misma direccion que habian tomado los familiares, que era indudablemente la de las cárceles del Santo Oficio.

Don Felipe comenzó á caminar.

En una de las esquinas de la Plaza Mayor, vió un grupo de gente que se habia detenido mirando algo; sin saber por qué, su corazon latió con violencia; se acercó al grupo: lo que miraban era un cadáver.

Don Felipe creyó que soñaba; aquel cadáver atravesado por una terrible puñalada en el pecho, era el de Don Nuño de Carbajal.

Tanto infortunio hubiera doblegado un espíritu menos fuerte que el de Don Felipe; pero él tenia en sus venas la sangre de un héroe: recibió este nuevo dolor con resignacion, y no queriendo por mas tiempo dejar expuesto el cadáver del marido de su hija á la curiosidad de la indiferente multitud, le levantó entre sus robustos brazos, se lo colocó en el hombro, y echó á andar á la ventura, sin saber adónde depositaria aquella carga para él preciosa, sin saber adónde encontraría un refugio.

Era ya de dia, y todos, al mirar á un hombre que llevaba á cuestas un cadáver ensangrentado, y que caminaba al parecer sin rumbo, se detenian, se hablaban, y muchos comenzaron á seguirle.

A poco rato aquello era ya un escándalo, y un alcalde, acompañado de varios alguaciles, le salió al encuentro, le detuvo y le condujo á las cárceles de la ciudad.

Don Felipe obedeció sin replicar; llegaron á la cárcel, contestó con sencillez á cuantas preguntas se le hicieron,

y aunque Don Felipe era persona muy conocida en la ciudad, su calidad de criollo y lo que habia pasado á su hija con el Santo Oficio, hizo que no se le creyese bajo su palabra: los oidores de la sala del crimen mandaron sepultar el cadáver, y mantener en prision á Don Felipe hasta que se averiguase la verdad de los hechos.

Diez meses permaneció en la cárcel el desgraciado Carbajal, acusado por las apariencias del asesinato del marido de su hija; las declaraciones se sucedian, los testigos se multiplicaban, y los dias pasaban unos en pos de otros sin traer un consuelo á aquel desgraciado.

En una noche habia quedado pobre y solo en el mundo; toda su familia habia desaparecido, todos sus bienes estaban en poder de la Inquisicion, nadie se interesaba por él, y su causa iba como querian sus jueces.

Don Felipe habia adquirido una resignacion tan grande, que no exhalaba una queja.

Por fin, un dia las puertas de la cárcel se abrieron para dejarle salir, y se encontró libre; pero miserable, solo, sin conocer á nadie, sin saber á quién acudir para tener noticias de sus hijas.

Peró su amor paternal le dió resolucion, y se dirigió antes que á ninguna parte á las puertas del templo de Santo Domingo.

Allí estaba la Inquisicion, allí, si aun existian, estarian sus hijas.

Parado á la entrada de aquel templo, pasaba Carbajal los dias, sin encontrar á quien hacer una pregunta.

En las noches se quedaba ya en una casa en que por caridad le permitian dormir, ya en el cementerio de alguna iglesia, ya en alguna callejuela desierta, y expuesto al frio y á la lluvia; pero no desmayaba, porque creia que vigilaba á sus hijas.

Así pasaron tambien muchos meses.

Llegó así el año de 1575, y comenzaron á hacerse grandes preparativos para el primer auto de fé que debia celebrar públicamente y con grande solemnidad el Tribunal de la Inquisicion.

El terreno escogido para esta horrible ejecucion, fué una plazoleta que habia frente á las casas que fueron despues el palacio de los marqueses del valle de Oajaca, descendientes de Hernan Cortés.

Don Felipe creyó que mezclándose con los familiares y con los trabajadores que preparaban los tablados y demás aparatos, sabria algo de sus hijas, y ofreció sus servicios, que desde luego fueron aceptados.

Se trabajaba durante todo el dia, y en las noches quedaban allí algunos veladores.

Una de esas noches tocó á Don Felipe quedarse, y se sentó algo retirado de una hoguera, al calor de la cual conversaba un familiar con un amigo suyo.

Don Felipe, á pesar de la distancia, percibió algo de la conversacion y oyó pronunciar su nombre.

—¿Con que tambien las Carbajales salen mañana? decia uno de ellos.

—Tambien—contestó el familiar—que ahora se puede de-

cir porque ya no es secreto, que mañana se leerán las sentencias.

—¿Y qué han hecho?

—Friolera! están convietas y confesas de judaizantes, y de que celebraban los sábados, y la Pascua comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito, como dicen que hacían los judíos, y otras mil cosas.

—¿Con que así eran de malas?

—Sí, y lo que es peor, que tenían comercio con el demonio.

—¿Con el demonio?

—En carne y hueso, y eso que yo mismo lo ví.

—¿Cómo?

—Pues no es cuento, que despues que le dieron el tormento á las dos mas chicas, se quisieron seguir los señores inquisidores con la mas grande, y no pudieron aplicárselo porque estaba en cinta.

—Sí; pero esa, que segun dicen se llamaba Doña Isabel, era casada.

—Lo mismo pensaron sus señorías; pero cuando nació la criatura la madre se puso como una loca, y no la quiso ni ver, y gritaba como desesperada pidiendo de por Dios que le quitaran á la niña, que una niña era, que se la quitaran, que no le dijeran nada á su marido, porque aquella muchacha era hija del demonio.

—¿Jesus me favorezca!

—Y yo recogí á su niña y fuí á tirarla de orden de sus señorías; pero aquí va lo mejor, que la muchacha olía á azufre y tenía unos ojos azules pero como de lumbre, y como que me la dieron casi encueros, yo antes de tirarla pensé hacerle una señal para reconocerla, y dije: «Hija del demonio es, pues yo póngole una cruz,» y quise hacerle una cruz

con mi daga en la espalda, y me acerqué á una luz y la descubrí; pero ¿cuál sería mi horror al mirar que el demonio la habia marcado ya antes?

—¿Ave María Purísima! ¿Y cómo?

—Con una llama roja que tenia pintada en la espalda.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté tanto, que la dejé en la primera puerta que encontré.

—¿Se moriria?

—No; me dió lástima y me quedé allí cerca escondido para que no fueran á comérsela los perros; y tuvo la chica tanta fortuna, que á poco ahí está un caballero embozado que pasa: ella, como si conociera, lloró: el caballero la levantó, la abrigó con su capa y se la llevó.

—¿Mira qué cosa!

—Pues falta lo mejor: como hubo de doblarse el tormento á las tres hermanas y me tocó asistir á él, pude observar que todas ellas tenían la misma marca que el diablo habia puesto á su hija.

—Malas deben ser esas damas, y es lástima, porque dicen que son muy hermosas.

—Cuéntamelo á mí que las ví desnudas; de lo que poco hay: ¡qué piés, qué brazos, qué cuello! Vamos, si daba lástima ver cómo crujían aquellas carnitas tan suaves y cómo se crispaban aquellos miembros tan bien formados, porque les dieron el extraordinario.

—¿Y aguantaron?

—Algo, al fin confesaron; pero ya estaban muy maltratadas.

—¿Y ahora qué les van á hacer?

—¡Toma! A quemarlas por judías.

—¿Vivas?

—Vaya! vivas y muy vivas, que lo merecen.

Un gemido interrumpió la conversacion; era de Don Felipe que habia oido aquella terrible relacion.

—¿Quién se queja? preguntó el familiar.

—Ese trabajador sueña; quizá tendrá alguna pesadilla.

—Puede ser.

* * *

Todo estaba dispuesto para el auto de fé.

Un tablado se levantaba á uno de los lados, y en él habia una especie de trono suntuosísimo que debia ocupar el inquisidor mayor; el virey y los demas personajes de la comitiva que asistirian al espectáculo, tenian en el mismo tablado sitiales ó asientos.

A los lados del trono habia dos púlpitos para los relatores que debian leer, los procesos y las sentencias, y enfrente de ellos otro púlpito para el predicador.

Del mismo lado que el púlpito del predicador, habia otro tablado para los penitenciados, que debian colocarse en bancas los menos principales, y los mas notables en una especie de escalinata que se elevaba en el centro de este tablado.

La curiosidad pública era suma; desde muy temprano los balcones, las azoteas, las ventanas y las puertas, en las calles que conducian del templo de Santo Domingo á la Plaza Mayor, estaban llenas de damas ricamente vestidas, y de apuestos caballeros: las carrozas y los ginetes ocupaban todas las bocascalles, y los edificios se habian engalanado con cortinas y flores para que pasase por allí la procesion.

Muy temprano, el virey, la audiencia y los principales

empleados del rey y de la ciudad, se reunieron en Palacio y se dirigieron á la Inquisicion, en donde les esperaban ya los inquisidores para organizar la marcha de la comitiva.

Todo el mundo estaba en expectativa; sonaron las campanas de Santo Domingo, y comenzó á subir la procesion.

Aquello era una mezcla de suntuosidad y de desgracia, que solo oirlo contar causa horror.

Las mazas del ayuntamiento abrian la marcha.

Despues seguian la infinidad de particulares y personas de suposicion en la ciudad, ostentando riquísimos trajes, y orgullosos de tomar parte en el acompañamiento.

Despues de ellos, en dos hileras, seguian á la derecha mano la universidad y el cabildo eclesiástico, y á la izquierda, el ayuntamiento, el corregidor de la ciudad y los oficiales reales, todos de gran gala.

Venian despues el alguacil mayor, secretario y receptor del Santo Oficio, y luego el promotor fiscal, con el estandarte del Tribunal, cuyos cordones llevaban caballeros de la principal y mas lucida nobleza de México.

Seguia la Audiencia, y cerraba la marcha el inquisidor mayor, llevando á su derecha al virey, y á su izquierda al inquisidor menos antiguo.

Tras de tan lucido cortejo venian los sentenciados de dos en dos, acompañado cada uno de un fraile que le exhortaba á grandes voces, y custodiados por familiares del Santo Oficio.

Era una cosa espantosa mirar á aquellos desgraciados, cubiertos con sacos y corozas y sambenitos, en los que habia pintados diablos, y víboras, y sapos, y llamas, y calaveras, que parecian una mascarada, y con el terror y la desesperacion y la muerte impresas en su rostro: aquello era burlarse de su agonía.

Las tres hijas de Don Felipe Carbajal caminaban entre los penitenciados; á pesar de sus grandes sufrimientos, Doña Violante y Doña Leonor conservaban su belleza, y la palidez excesiva de sus rostros hacia lucir mas el encanto de sus brillantes ojos.

Marchaban penosamente, porque iban descalzas, y sus piés pequeños y delicados podian apenas sostenerlas, maltratados por las piedras de la calle.

Llevaban por todo traje una especie de túnica negra, ceñida en la cintura por un cordel, sin mangas, y que les llegaba apenas á las rodillas, dejando ver sus brazos torneados y blancos, cubiertos de horribles contusiones.

En la cabeza llevaban un *cucurucho*, como le decia la gente de la Inquisicion, muy alto y negro tambien.

La túnica y el *cucurucho* estaban sembrados por todas partes de diablos, de llamas, de calaveras y de papel dorado y rojo.

A pesar de aquel espantoso atavío, quizá no habia ni un hombre ni una mujer que no exclamase al verlas pasar:

—¡Qué lástima! ¡Pobrecitas, tan jóvenes y tan bellas!

La procesion llegó hasta el paraje destinado para el auto de fe; sentóse el inquisidor mayor, y le imitaron todos.

Los penitenciados fueron colocados en sus respectivos puestos, y los relatores de las causas subieron á los púlpitos.

En tres postes de piedra que tenian argollas de hierro enclavadas, y al pié de cada uno de los cuales habia un grande haz de leña, fueron atadas las tres hermanas.

Doña Isabel no era ya ni la sombra de lo que habia sido en otro tiempo; los sufrimientos la habian hecho cambiar

de tal manera en pocos meses, que parecia una anciana.

Su rostro estaba surcado por las arrugas, su cabello estaba casi blanco, y su mirada era vaga y casi estúpida.

Todas tres se dejaron atar sin resistencia al poste fatal.

En el centro quedó colocada Doña Isabel, á la derecha Doña Violante y á la izquierda Doña Leonor.

Atadas al poste, tenian que estar de pié sobre la misma leña que debia consumirlas, mirando cerca de sí una gran fogata alimentada constantemente por los familiares, y de donde se tenia que tomar el fuego para comunicársele á las hogueras.

Aquel sufrimiento moral debia ser mil veces mas terrible que la misma muerte; y se sienten crispas las carnes al pensar lo que sentiria el alma de aquellas desgraciadas durante el tiempo que tardaron las ceremonias, el sermón y las lecturas de los procesos y sentencias.

Un sol ardiente derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquellas desgraciadas, y la sed se hacia para ellas insoporable, porque dos ó tres veces pidieron agua por amor de Dios.

Pero nadie les hizo caso.

Llegó por fin, despues de tres horas de martirio, el momento supremo.

El verdugo se encaminó á la hoguera de Doña Violante con una tea encendida, y la intrujo entre la apilada leña.

Podia desde lejos mirarse el terror mas espantoso retratado en el rostro de aquellas infelices, podia verse el temblor de sus carnes, podian oirse sus dientes chocar rápidamente unos con los otros, y el horror del cuadro aumentarse con los cantos religiosos y los rezos de los sacerdotes.

Una nubecilla de humo salió de la leña que debia consumir á Violante.

El verdugo habia ya con rapidez puesto fuego á las otras dos hogueras, y casi en el mismo instante las llamas se alzaron en las tres, y tres gritos que partian el alma, tres gritos de súpremo dolor, de horrible angustia, se escucharon simultáneamente.

Entre las llamas que se alzaban de las túnicas y el pelo, podian verse á las tres hermanas al través de una nube de humo, retorcerse, levantar los brazos y las piernas, hasta donde se los permitian sus cadenas, alzar el rostro y lanzar agudísimos gritos.

Poco á poco sus movimientos se hicieron menos violentos, sus carnes fueron quedando negras; por fin inclinaron las cabezas, las llamas consumieron aquellos rostros hechiceros, y despues, carbonizados aquellos cuerpos, cayeron dentro de la hoguera y se convirtieron en cenizas.

Cuando el fuego se apagó para recoger aquellas cenizas y arrojarlas al viento como mandaba la sentencia, no quedaban ya de aquellas tres mártires, mas que una mano de Doña Violante, adherida al anillo de hierro con que estaba atada.

Aquella mano estaba negra, pero habia conservado su figura.

Los verdugos la arrancaron de allí y la arrojaron en otra hoguera preparada para quemar á un judío.

Don Felipe de Carbajal fué encontrado en una de las calles vecinas, tirado en el suelo y sin conocimiento.

* * *

Comenzaba entonces otra gran peste entre los mexicanos, que llevó al sepulcro mas de dos millones de víctimas en un año que duró.

Era la epidemia mas espantosa de cuantas hacia mencion la historia, y ya apenas alcanzaba el tiempo á los vivos para enterrar á los muertos.

Muchos cadáveres eran arrojados á las acequias, y muchos devorados en los campos por las fieras.

El virey Don Martin Enriquez habia hecho abrir algunas casas vacías para depositar y cuidar á los enfermos, y el arzobispo Moya de Contreras habia hecho lo mismo por su parte; pero no era posible ni aun enterrar el gran número de muertos que diariamente hacia la epidemia.

Ni el nombre de la enfermedad sabian los médicos, ni pudieron encontrarle jamás remedio.

Terribles dolores en la cabeza, calenturas, inquietud en el espíritu, un deseo irresistible de huir de las habitaciones, hemorragia por las narices; estos eran los síntomas, y luego á los nueve dias la muerte.

El médico mas notable entonces, que era el Dr. Don Juan de la Fuente, declaró que nada valia la ciencia, y el cuidado de los apestados se encomendó á los frailes de los conventos de la ciudad.

México parecia entonces un panteon.

* * *

Don Felipe de Carbrjal fué levantado de la calle el dia de la ejecucion de sus hijas, atacado ya de la peste, y conducido inmediatamente á uno de los lazaretos que habia establecido el virey.

Habia perdido el conocimiento, arrojaba ya sangre por la nariz, estaba perdido.

Nueve dias despues, una mañana dos criados del lazareto sacaban el cuerpo de Don Felipe para depositarle en un

gran patio, adonde ocurrían grandes carretas para llevarse los cadáveres al cementerio.

Llegaron los conductores y comenzaron á hacinar cadáveres en su carro.

El de Don Felipe fué uno de los últimos, y vino á quedar colocado encima de otros muchos.

Llegaron al panteon; allí se hacían inmensos zanjones y se arrojaban en él á los muertos que dejaban allí los conductores para ir en busca de otros.

Pero aquel acarreo era constante, aquel trabajo era sin descanso.

Los sepultureros tomaban á los cuerpos de los pies y de las manos, y los arrojaban á la fosa comun.

Habían comenzado ya su operacion cuando oyeron un suspiro entre los muertos, luego un quejido, y despues vieron que uno de los cadáveres se incorporaba.

Los sepultureros volvieron con indiferencia el rostro, á mirarle.

—Vaya; otro que han traído vivo—dijo uno.

—Así es todos los dias—contestó el otro.—Mejor; mas trabajo para ellos, menos para nosotros.

—Agua—dijo el hombre que habia casi resucitado de entre los muertos, y que era Don Felipe de Carbajal—agua por amor de Dios.

—Dale agua á ese pobre—dijo un sepulturero á una mujer que llegaba.

La mujer, acostumbrada ya sin duda á aquellas escenas, llevó á Don Felipe un jarro de agua, cuidando poco de andar por el suelo ó sobre los muertos.

Mientras que Carbajal bebia el agua, la mujer le miraba.

Carbajal estaba desnudo, y la marca roja de su espalda llamaba la atencion de la mujer.

—Mira—dijo la mujer al sepulturero—este hombre tiene la misma señal en la espalda que la niña que nos dieron el año pasado.

—¿Cuál niña?—exclamó Don Felipe.

—Una huerfanita—contestó la mujer.—Ven—agregó dirigiéndose al sepultero—ven á ver.

El hombre se llegó á Carbajal y comenzó á examinarle á su vez.

—En efecto—exclamó.

—Sí, tengo esa mancha—dijo Carbajal, y todos los de mi familia la tienen.

—Entonces, esa niña debe ser de vuestra familia.

—¿Qué edad tendrá?

—Parece como de dos años, comienza ahora á hablar.

—Señora, esa niña es mi nieta Juana, que nos fué robada el año pasado.

—Robada, ¿y cómo?—dijo con interés la mujer.

—Yo mismo no lo sé—contestó Carbajal;—pero es ahora la única persona que me queda de mi familia; todo lo he perdido sobre la tierra.

—¿Con la peste?

—Sí—dijo Carbajal, no queriendo descubrir su historia á aquellas gentes.

—¡Pobre niña, es tan bonita, tan humilde! La queremos como á nuestros hijos, y solo por eso no la hemos dado, porque nosotros somos pobres y tenemos muchas criaturas.

—Ahora yo la recogeré—dijo Don Felipe.

—¿Recogerla?—contestó con indignacion la mujer—¿recogerla? ¿y os figurais que despues de haberla criado, y de quererla tanto, se la íbamos á dar al primero que dijera «soy su padre?» No señor, nunca, nunca.

—Pero, señora, si vos misma habeis visto la señal que tiene esa niña en la espalda y la que yo tengo.

—Eso puede ser una casualidad, que no es difícil entre diez mil cadáveres que han traído..... lo que yo podré hacer, será que la veais de visita en mi casa..... pero darla, nunca..... si la quiero como si fuera mi hija.....

—¡Señora, por Dios!.....

—Nada, si quereis así, bien; y si no, no; y eso, antes es necesario que esteis enteramente bueno y que haya pasado la peste, porque si no, como ella puede ser verdad que sea de vuestra misma sangre, quizá se nos vaya á contagiar...

—Teneis razon.....—dijo Don Felipe reflexionando.

—Entonces procurad buscar una casa para curaros, y despues que todo haya pasado, vereis á la niña.

Don Felipe comprendió que no habia mas remedio que conformarse.

Haciendo un esfuerzo terrible, se levantó y salió de entre los cadáveres.

Por mas que hizo, no logró que la mujer le diese las señas de su casa.

—Aquí buscareis á mi marido, y él, que sabrá cómo va la peste por los cadáveres que entierre, dirá cuándo debeis ir: si os digo mi casa, me espiais, y en un descuido sereis capaz de robaros á la niña.

—Pero despues sucedería lo mismo, si tales fueran mis intenciones.

—No, porque no habiendo peste, mi marido no necesita estar aquí todo el dia, ni yo salir á traer la comida. Id á curaros y tened paciencia.

Don Felipe se resignó, y apoyándose en las paredes, salió á la calle en busca de un asilo para curarse.

Solo Dios podia valerle en aquel horrible aislamiento.

* * *

Don Felipe encontró amparo en casa de unos pobres que se condolieron de su situacion, pero su convalecencia era penosa, y no le fué posible salir á la calle hasta que habian trascurrido ya tres meses.

El primer dia que pudo andar se dirigió al camposanto; la peste disminuia en intensidad, y no era ya tan grande el número de cadáveres que se enterraban diariamente.

Don Felipe buscó entre los sepultureros, y no encontró al que necesitaba; preguntó por él, y no pudieron darle razon.

Por fin uno de los trabajadores habia conocido al hombre cuyo paradero deseaba saber Don Felipe.

—Ya me acuerdo de ese—dijo;—murió de la peste hace como un mes.

—¿Murió?

—Sí, aquí está tambien enterrado él, su mujer y dos hijos.

—¿Una niña entre ellos?

—No, varoncitos los dos; yo mismo los arrojé á la zanja.

—¿Y las otras criaturas que habia en su casa?

—Pues quién sabe; como quedaron abandonadas, no sé qué habrá sido de ellas.

—¿Conoceis par ventura á alguno de sus parientes?

—A nadie.

Don Felipe quedó como si un rayo hubiera caido á sus piés: habia concebido y alimentado una esperanza, y la perdió de repente.

La suerte no se enasaba aún de perseguirle.